

DISCURSOS PRONUNCIADOS EN LOS FUNERALES DEL PROFESOR JULIO MANRIQUE

El doctor Jorge Bejarano, Profesor de Higiene y miembro de la Academia de Medicina, pronunció el siguiente discurso en nombre de la Facultad de Medicina y de la Academia de Medicina.

Señor Presidente de la Academia Nacional de Medicina, señor Decano de la Facultad de Medicina, señores profesores, señoras, señores:

Los estudiantes de medicina que por el año de 1903 dialogábamos en el patio colonial de Santa Inés, bajo las españolas arcadas que lo circundaban, entre la algarabía del agua que caía de la fuente que perforaba su claustro, recordamos con nitidez y como si fuera ayer, la arrogante figura del profesor Julio Manrique, que, regresado de Europa, hacía sus armas de profesor desde la cátedra filosófica de la patología general.

No hacía sino dos años que se le había llamado a regentarla y eran tales su pericia, el brillo de su exposición, la concepción filosófica de la metafísica de nuestra medicina, la oratoria y la novedad del pensamiento, que los que iban apenas en los dos primeros años, hacían de su inteligencia un supremo esfuerzo, una especie de superación, para llegar al fin a este oasis de la carrera donde se tenía la sensación de estar ante un discípulo de Charcot o de algún otro mago de la medicina francesa, de esos que iluminaron la ciencia hacia mediados y fines del venturoso siglo XIX.

El desesperante anhelo era después correspondido por la realidad. De la hermosa cabeza, grávida de ideas nuevas y que se sacudía sobre los hombros como al ritmo de la tesis que ed ella brotaba, todos los discípulos de Julio Manrique conservamos la más fiel de las imágenes. La conservamos también de su voz aterciopelada, salpicada de dejos y de énfasis cuando quería dar a su pensamiento la expresión realista de su espíritu. Todos aquellos capítulos sobre la patogenia de la inflamación, del edema, la infección, los agentes físicos, la supuración, los tumores y mil más que constituyen el pórtico de la patología, tenían en él su más ameno comentador y su

más fino intérprete. Pero en los grandes capítulos de la interpretación de la vida y de la muerte, el maestro dejaba a un lado la medicina, para irse de brazo con la filosofía que en él era materialista, sin que por esto supiésemos sus discípulos dónde acababa Renán y dónde principiaba Voltaire. ¡Líneas y fronteras invisibles de espíritus selectos que no hieren con las ideas, sino que convencen y suavizan las contrarias!

Este capítulo, en el que surge en forma implacable el subconsciente —testigo y juez de brumosos recuerdos— no se cita en esta hora de angustia en que nos agobia el dolor ante el maestro desaparecido, tanto para elogio de esta vida y de aquella luminosa inteligencia, como por serle grato a quien habla ahora, abrumado por el insigne honor de llevar la palabra en nombre de los ilustres institutos, Academia Nacional de Medicina y Facultad de Medicina, rememorar cosas que sucedieron un ayer y que ya hoy se evocan como en la vieja leyenda de los campesinos de Bretaña, que todavía creen oír en las noches las campanas de las torrecillas de la ciudad de Is, desaparecida con la Atlántida y entre el hueco de las olas creen ver asomar en los días de tempestad, la punta de las flechas de sus iglesias y en los días de calma, creen oír, subiendo desde el abismo, el sonido de sus campanas.

En las proximidades de la vejez, dice Renán, es grato oír esos ruidos lejanos de una Atlántida desaparecida. Hé aquí por qué he evocado en esta ocasión las bellas palabras del insigne autor de "*souvenirs d'enfance et de jeunesse*", y con las cuales inicia su maravilloso canto a la libertad y a la belleza. Todos llevamos en el alma una Atlántida desaparecida, que es la juventud.

Pero la figura del profesor Manrique se hace todavía más imborrable para los que tuvimos la rara fortuna de ser sus discípulos se acrecienta aún más cuando recordamos cómo él inició en Santa Inés una era nueva de penetración del maestro hacia sus discípulos, una camaradería que no se buscaba con el fin de cosechar futuros gajes, sino que era el resultado de una bizarra mezcla de su ciencia y de su corazón que en maravillosa conjunción hacían la conquista del discípulo. Cuántas veces, asidos de su brazo, recorrimos largos trechos, dialogando sobre intrincados problemas del protoplasma animal, o de la patología del hombre. Cuántas veces en estas charlas íntimas, nos comunicaba su amor a la medicina, su fe en los destinos de nuestra ciencia que constituye en estos momentos, la piedra angular de la civilización moderna y del bienestar de los pueblos.

Con el correr de los años, aquella brillante inteligencia, aquel gran señor, aquel inolvidable maestro que en Santa Inés había contribuido a plasmar y orientar mi espíritu, se hacía mi compañero

en la enseñanza y en los sillones que honró con brillo y decoro excepcional en la Academia de Medicina y en la Sociedad de Cirugía.

Aquí también pude seguir disfrutando de su ciencia y su consejo. Aquí también pude admirar múltiples veces, el caudal de su ciencia y el brillo inextinguible de su inteligencia. Presidió los destinos de una y otra y los anales de la Academia como los de la Sociedad de Cirugía, guardan como tesoros las páginas inolvidables de sus contribuciones a la medicina nacional, sus intervenciones en los debates científicos o sus discursos de corte académico, profundos por el contenido, hermosos y deliciosos por la erudición. Oyéndolos tenía la sensación de que la elocuencia fué atributo de la familia Manrique y que los médicos que la enaltecieron, al par que su bella, estampa, gozaron el raro dón de palabra fácil y armoniosa.

Calcado sobre el tipo de los médicos franceses —había sido alumno de los más ilustres profesores de fines del siglo XIX—, el profesor Manrique fué un verdadero dominador de la medicina. Clínico consumado; cirujano empapado de los más íntimos secretos de la antisepsia, cultivó casi todas las ramas de la medicina y todas las dominó.

Su inteligencia y su inquietud científica desbordaban del vaso y el espíritu que las contenían. Sus fronteras no llegaron solamente hasta el conocimiento exacto del dolor y de la muerte. Fueron hasta la biología y la antropología. Sabía que la historia natural es la primera iniciación que debe recibir el médico y la poseía a perfección. La tierra hace las plantas, la tierra y las plantas hacen los animales; la tierra, las plantas y los animales, hacen el hombre, dijo con voz de siglos el inmortal Buffón.

Un día se sintió atraído hacia los problemas del alma. La neuro-psiquiatría tenía que ser el último secreto de la medicina que él trataba de escudriñar. La dominó también con la inteligencia y con la bondad que debe ser cualidad inherente de quienes viven ese mundo de miserias y tragedias humanas. Por años enteros le vimos como una luz entre las sombras humanas de un viejo manicomio. Fué también el primero que introdujo a nosotros el precioso recurso del choque insulínico como remedio de tantos estados mentales.

Múltiple y protéica la inteligencia del Profesor Manrique, le permitió también tomar en veces otros rumbos distintos de los de la medicina, que amó tanto y que predicó con celo de apóstol.

Horas enteras podría citar aquí sus vastas concepciones sobre temas médicos e higiénicos que también lo apasionaron. Pero el hombre científico no puede existir si no está doblado de la personalidad del hombre humano. La ciencia no es todo. No lo es por lo menos, para muchos hombres. Otras aspiraciones más altas sirven de alas a nuestra ilusión del más allá. En el profesor Julio Man-

rique se conjugó con su espíritu científico, un alma plena de bondad, fué un hombre "bueno". Esta virtud de la bondad era innata en él. Bueno, sin ser débil, pues la bondad puede muy bien conciliarse con la más grande fuerza de ánimo, con el más férreo cumplimiento del propio deber. Su bondad se transparentó todavía más en los años maduros de vida, porque ella suele ser también el resultado de una visión del mundo, visión en la cual los elementos optimistas sobrepasan a los pesimistas, pues la bondad no puede ser escéptica, sino que debe ser creyente. Hé aquí una cima de perfección moral, a la cual pocos llegan y en la que pocos perseveran. El profesor Julio Manrique fué por esto carne y sangre de la humanidad.

Un día sintió que la muerte rondaba a sus puertas. Sus amigos y discípulos fuímos muchas veces a gozar de su exquisita compañía.

No se alteró su tranquilidad de hombre que sabía que tarde o temprano el fulminante ataque paralizaría su vigoroso corazón. Con la misma bondad con que calmó los dolores humanos, esperó también el suyo. Y fué también la muerte bondadosa con él. Benigna, como la vida; lo tomó de improviso y se lo llevó al otro lado, en un instante supremo, sin hacerlo sufrir.

Eran las 7 de la noche del 6 de julio de 1942. Vino por última vez a decir su palabra en la corporación que tanto había amado. Estaba en la casa que él y su preclaro hermano habían contribuido a levantar. Silencio y confusión reinan en la sala. Los dos hermanos ilustres se abrazan ahí mismo en la eternidad. Después, sollozos en la sombra. Se ha ido el amigo, el maestro cuya bondad fué tan grande, como fué grande también su radiante inteligencia.

El doctor Pedro Eliseo Cruz, Profesor de Clínica Quirúrgica de la Facultad, pronunció el siguiente discurso:

Señoras y señores:

Por una inmerecida distinción de las directivas del Club Médico de Bogotá, me corresponde el alto honor de rendir a los mortales restos del Profesor Julio Manrique, el homenaje de mi atribulado corazón, que no sabe encontrar palabras que den expresión adecuada al infinito pesar que embarga a todos los que fuimos sus discípulos en las arduas disciplinas del espíritu; sus camaradas en las horas plácidas del descanso y del esparcimiento.

El choque producido por su desaparición inesperada y súbita, conturba el ánimo e inhibe la mente que, como en todos los gran-

des desquiciamientos, es incapaz de abarcar en el momento la magnitud de lo ocurrido y sólo puede vagar a la deriva en un mar de encontradas emociones, cual nave sin timón. Una helada sensación de desamparo, de vacío incolmable, entumece la sensibilidad y embota los sentidos, impidiendo una exacta percepción, y se entabla una lucha tenaz entre la realidad implacable y despiadada, y los anhelos que pugnan con ella vivamente, queriendo anonadarla.

¡Sabia Providencia, que así permites a la humanidad soportar los más tremendos golpes con el lenitivo de la ilusión y la esperanza!

Cuando sobreviene en el hombre el proceso natural que apellidamos muerte, por la ruptura del complejo de materia y energía que constituye los organismos vivos, el colapso definitivo del soporte material libera los atributos energéticos que forman el espíritu, aquilatándolos y emancipándolos de todo lo efímero y perecedero, de modo de conferirles una supervivencia a través del tiempo y la distancia, tanto más duradera y definida, cuanto más completo ha sido el desarrollo de los dones espirituales por el noble ejercicio de las facultades de la mente.

La vida entera del Profesor Manrique fué de una perenne dedicación al cultivo de las más elevadas facultades del alma. Indagando en los libros de ciencia y en el libro abierto de la naturaleza, plasmó la reciedumbre de su preparación intelectual; escrutando los datos patológicos del organismo de sus pacientes, a los que cuidaba con dulzura paternal, obtuvo el acopio de su dilatada experiencia médica: aplicando el escalpelo de su gran conocimiento en las insanias psíquicas supo, como pocos, procurar alivio a los enfermos mentales, que fueron siempre su más constante afán.

Mas no se contentó con adquirir para sí este perfeccionamiento, atesorándolo con egoísmo, sino que, cual labrador infatigable, sembró tesoneramente en el entendimiento de las generaciones médicas la fecunda simiente del saber. Todos recordamos con gratitud y con placer sus amenas enseñanzas, expuestas en forma fácil y asimilable por las juveniles y casi vírgenes inteligencias de sus alumnos del curso de Patología General.

En la Sociedad de Cirugía, de la cual fué uno de los fundadores; en el Hospital de San José, una de las realizaciones más caras a su corazón; en la Academia Nacional de Medicina, siempre alumbrada por sus luces; en el Asilo de Locas, que quiso con cariño verdadero y al cual logró imprimir nuevos rumbos, de acuerdo con las normas más exigentes de la moderna psiquiatría; en el Club Médico, por último, como en su propio hogar, modelo de virtudes, su figura patricia y austera, será perdurable.

Al terminar el cumplimiento de su misión sobre la tierra, su

espíritu, desde las esferas superiores, continuará iluminando los senderos abiertos por su mano; su voz amiga habrá de alentarnos en los desfallecimientos y su mirada, augusta y serena, será faro que oriente nuestros pasos en este peregrinar de la existencia.

El doctor Aristides Rodríguez Acevedo, dijo:

Señoras, señores:

No hace aún 24 horas el Profesor Julio Manrique vivía entre nosotros ocupando un puesto de avanzada dentro del cuerpo médico colombiano, y uno de preferencia y de respeto en el seno de la Sociedad de Cirugía de Bogotá. En nombre de esta Sociedad y del Hospital de San José, vengo, en forma modesta pero profundamente emocionada y sincera, a dar el último adiós a quien de manera tan cumplida reunió en su persona las cualidades más sobresalientes del médico y del caballero.

El Profesor Manrique —mi ilustre maestro— lo fué igualmente de varias generaciones que hoy trabajan, sostenidas por su ejemplo y estímulo, en todo lo que comprende la superficie del país. Porque fué ésta la condición máxima de su vida, de su vida laboriosa y fecunda, la del Maestro que enseña, la del Maestro que aconseja, la del Maestro que estimula. Y fué esta condición la que, en forma sencilla y casi inadvertida, ejerció siempre en el ambiente de la Sociedad de Cirugía. Allí el doctor Manrique era profundamente respetado y querido, y al influjo de su palabra sabia y extraordinariamente amena, todas las cabezas, así las más encanecidas como las juveniles, se inclinaban respetuosas y atentas al encanto seductor de su palabra. Y fué así como él doblegó esa cabeza que pensó tantas cosas, en medio de los suyos, en sesión plena de la Sociedad de Cirugía, en el corazón mismo del Hospital de San José.

Fué seguramente una llamada de lo eterno, de quienes fundaron esta benemérita institución, entre los que figuraba de manera preeminente su hermano, el doctor Juan Evangelista Manrique, figura cumbre entre los médicos de nuestro país.

En la forma más familiar, la más solícita y la más cariñosa, se arreglaban en la intimidad de la Sociedad de Cirugía, los últimos detalles para solemnizar los cuarenta años de su fundación, que han de cumplirse en breve, cuando súbitamente la muerte aleteó sobre su corazón y sobre su cerebro. Fué la llamada de los suyos. Respondió a su llamada. Cumplió como valiente. Cumplió como Maestro. Cumplió como señor. Murió sobre la mesa de trabajo, dulce-

mente, sin un rictus, sin una contracción, como deja el soldado la vida sobre el campo de batalla.

Sobre esa tumba que hoy se cierra, y al igual que sus familiares, nosotros, los miembros de la Sociedad de Cirugía, pongamos respetuosamente, como homenaje cariñoso, el crespón enlutado de nuestro silencio doloroso.

El doctor Marco Tulio Aguilera Camacho, pronunció estas palabras:

Ha muerto el maestro, el caballero, el hombre de ciencia, cuya personalidad irradia a través de varias generaciones.

Enlutado queda el hogar espiritual que él formó y abandona en la más triste orfandad a sus discípulos.

Vida austera dedicada a la ciencia y a la enseñanza, alentada y vivificada por el calor de un hogar, en donde la virtud y la distinción enmarcaban la regia personalidad del gran señor, que se llamó Julio Manrique.

Rindió el maestro su última jornada en el hogar científico de la Sociedad de Cirugía que él alentó con su palabra, dignificó con su ejemplo y dirigió con su sabiduría.

En medio del dolor que paralizó los espíritus de quienes contemplamos el agotar sencillo y majestuoso del sabio, se percibió la sensación de eternidad entre sus compañeros de la Sociedad de Cirugía, en donde su nombre será símbolo de orientación y de ciencia.

Al despedir al maestro con la más sincera y honda emoción de pesar, no encontramos sino el respeto del silencio para manifestar todo el dolor y toda la admiración de cuantos fuimos sus más adictos discípulos, sus más fieles amigos y respetuosos admiradores.